

Año 1971. Se inicia este año con la conferencia de incorporación del Dr. Jorge M. Mayer.

El Dr. Mayer es presentado por el Dr. Garbarini Islas quien hace un caluroso elogio de su personalidad de gran abogado y de eminente publicista, así como de actuación pública, recordando que el Dr. Mayer es también Académico de Derecho y Ciencias Sociales.

Destaca el Dr. Garbarini Islas, las extraordinarias investigaciones realizadas por el Dr. Mayer sobre la vida y obra de Juan Bautista Alberdi, complementadas en un trabajo de más de mil páginas, que por su profundidad ha merecido unánimes elogios. He aquí la conferencia del Dr. Mayer sobre el tema:

Cambios y Crisis

(Dos Constantes Históricas)

Muchas gracias por las generosas e indulgentes palabras de nuestro ilustre presidente el Dr. Guillermo Garbarini Islas, a quien tanto debe la ciencia jurídica de nuestro país. Muchas gracias a los distinguidos colegas que me trajeron con su voto a este recinto.

Esta elección se debe principalmente, a mi libro "Alberdi y su Tiempo", y por eso mismo me complace en recibirla, como un homenaje a la memoria y al ejemplo del ilustre estadista, que en medio de tormentas aun más violentas, iluminó el camino por donde se encontraba la organización de la República y el bienestar de sus habitantes.

Es mi íntimo deseo, que este acto sea también interpretado como un homenaje a la Comisión Nacional de Investigaciones sobre irregularidades administrativas, designada en el año 1962 por el ministro del Interior, Dr. Carlos Adrogué, y formada por los Dres. Bernardo Velar de Irigoyen, Luis F. Acuña y Eduardo Soldano Deheza, desgraciadamente desaparecidos, y por los doctores Isidoro Ruiz Moreno, Alberto San Miguel y yo mismo. Sus dictámenes, que algún día reuniré en un volumen, expusieron la crisis de esa época y han pasado a formar parte de nuestra historia institucional.

Es también mi deseo que este acto sea interpretado como un homenaje a los redactores de la revista "El Príncipe" que desde 1960 a 1966, analizaron agudamente muchos aspectos de un confuso proceso político.

Las ideas, y sobre todo las ideas políticas, pueden y deben cultivarse, en la meditación, en invernáculos, pero es necesario que una vez crecidas, afronten la realidad, por espinosa que sea, para orientar las reformas que exigen los tiempos.

CAMBIOS Y CRISIS, DOS CONSTANTES HISTORICAS

Nos hallamos ante un mundo inquieto, por los cambios que se suceden y el avance de nuevas generaciones, igualmente desorientadas, en todos los países.

Esa inquietud se debe, en gran parte, a dos equivocaciones. La primera es suponer que las relaciones ideológicas y sociales, son estables. La segunda que la actual crisis es excepcional, y la vida serena es la forma común de las reacciones humanas.

La realidad es muy distinta. El mundo, los hombres viven en continuo movimiento. La inmovilidad solo existe en las cosas muertas. Cambian las generaciones, las circunstancias, el panorama físico y espiritual.

Cambios y crisis son su dramático destino y nada se logra, al cerrar los ojos, y aferrarse a un pasado, que se desvanece inexorablemente. Ni el temor, ni la nostalgia, justifican la defensa de los valores marchitos. Es pues necesario afrontar, con lucidez, los cambios y las crisis, para buscar el buen camino.

Con este fin, se deben apartar las superficiales noticias diarias, lo anecdótico, y observar las grandes corrientes de la historia, como el navegante que sondea las aguas, para verificar dónde nos encontramos y hacia dónde vamos.

Las más turbulentas corrientes, convulsionan la vida de los pueblos y los arrastran angustiados, por valles y despeñaderos. Las civilizaciones, recorren una parábola, nacen y crecen, como nacen y crecen, los seres humanos. Movidas por un parecido impulso vital, se afirman en su madurez, y luego pierden gradualmente las energías juveniles, la combatividad, la fe y caen en un proceso de involución, síntoma de su agonía.

La historia, fastidiosa maestra, desvanece muchas ilusiones y nos enseña la modestia. Prepotentes caudillos y monarcas, poderosos imperios ascienden orgullosos, convencidos de haber alcanzado la sabiduría y conquistado el tiempo, para decaer y sucumbir entre el polvo de los años. Todo es efímero, coronas, monumentos y trofeos se derrumban, hechos añicos, en ese proceloso trayecto de dolores y desventuras.

El mundo ha estado siempre en movimiento y en crisis. La primera crisis se produjo cuando Adán mordió la manzana en el Paraíso. Todavía no nos hemos recuperado de las consecuencias del pecado original. También puede decirse que allí se operó el primer cambio de estructuras, con los desastrosos resultados, que acompañan usualmente a esas operaciones.

La prehistoria se extendió, según ciertas versiones, por 600 mil años. Cambiaba sin cesar, edad paleolítica, edad neolítica,

edad del bronce, el hombre se debatía acosado por terremotos, diluvios y glaciares, en lucha contra dinosaurios y mastodontes.

Sobrevivió, aprendió a encender el fuego, a tallar las piedras. Abandonó furtivamente las cavernas y emigró en busca de pastizales, aprendió a tejer y la alfarería. Era la alborada de la historia. Las ciudades sumerias, Nippur, Uruk y Ur, yacen sepultadas en sus mortajas de arena, y apenas han dejado como recuerdo, de su opulencia, los primeros rasgos de las escrituras pictográficas y sus mágicas estatuas de basalto.

Egipcios, cretenses y fenicios, invadieron las costas del Mediterráneo. El Medio Oriente, fue una trágica vorágine de imperios. Asirios, Caldeos y Persas, lanzaron sus ejércitos contra sus vecinos en busca de esclavos, trigo, cebada, dátiles, algodón y cueros. Saqueaban las ciudades demolían los palacios y los templos, destripaban a los vencidos y reducían los sobrevivientes, a bestias de carga.

En pocos siglos Babilonia, Tiro y Nínive se elevaron infatuadas de su esplendor, y se desvanecieron, entre cenizas. Sus reyes, Nabucodonosor, Ciro y Cambises, símbolos de las vanidades humanas, hoy son recuerdos arqueológicos.

Tres civilizaciones, la griega, la romana y la gótica más cerca nuestro, exhiben las corrientes que alzan los pueblos y los lanzan con fuerza centrífuga, hacia nuevas conquistas, hasta que sus energías se agotan.

La historia de Grecia fue una sucesión de cambios y de crisis. Aqueos, jonios y dorios destruyeron a Troya, se apoderaron de Chios y Samos, y se esparcieron por las islas del Mediterráneo. En el siglo VIII, antes de Cristo, implantaron las bases de la civilización griega, la ciudad estado. Fundaron en Asia las colonias de Halicarnaso y Mileto, abrieron factorías desde el Danubio hasta el Nilo. Trirremos y veleros surcaban sus aguas pobladas de dioses.

Esparta, Atenas y Tebas, comerciaban y conquistaban, en busca de estaño, plata, cobre, miel y papiros. Por cincuenta años combatieron contra los reyes de Persia en tierras erizadas de lanzas. El eje del mundo giraba, las victorias de Salamina y Platea, señalaron el triunfo de Occidente, del humanismo y de la técnica sobre Oriente, las líneas vivas del Partenón, sobre los triángulos inertes, de los sarcófagos.

Cambiaban de organización, Reyes, Consejos de Ancianos, Asambleas, Arcontes y Areópagos, sin encontrar las fórmulas políticas definitivas. Alcanzaron la plenitud, en el siglo de Pericles, 460 años antes de Cristo y después, sofisticados, comenzó la decadencia. Por veintisiete años las guerras del Peloponeso de Esparta, Corinto y Tebas contra Atenas y Argos, entre llamas y ruinas, desgarraron la península y desaguaron sus energías.

Un siglo más tarde Alejandro, rey de Macedonia, con un

renovado impulso vital, aunó las ciudades griegas. Las falanges avanzaron incontenibles sobre el Asia Menor, fundaron Alejandría y vencieron al Rey Darío, en la batalla de Arbeles, cerca de Nínive, 331 años antes de Cristo, Occidente se expandía por primera vez sobre el Oriente.

A la muerte de Alejandro, su Imperio, se despedazó entre los Reinos de Egipto, Siria y Macedonia. Agotado el impulso de las falanges, se acentuó la curva de la decadencia griega, y dos siglos más tarde, se sometió mansamente al dominio de los jóvenes centuriones romanos.

Roma, más cerca aún, nos permite examinar las leyes que mueven el nacimiento, la plenitud y el ocaso de una civilización. El nacimiento con un tremendo impulso vital, la plenitud con su orgullo y su entumecimiento, las fuerzas agotadas en la decrepitud final.

Los primeros reyes, Rómulo y Tarquino, combatieron sin piedad. Los cónsules prosiguieron la misma política agresiva. Las legiones romanas, discípulas de las falanges macedónicas, se expandieron en el sur de Italia. Por 80 años lucharon contra Cartago y sometieron al pago de tribus la España, el norte de Africa y el Levante.

Desquiciada la república, el primer Triunvirato de Pompeyo, Julio César y Craso, se apoderó del poder. Julio César, conquistó las Galias. Muerto Craso, César derrotó a Pompeyo en Farsalia. Asesinado César, su sobrino Octavio, derrotó a Marco Antonio y Cleopatra en la batalla de Actium. Nuevamente Occidente, más vital, vencía a Oriente, en los legendarios surcos alejandrinos.

Coronado Octavio, como Emperador Augusto, consolidó el Imperio y la paz, era la madurez y la plenitud. Entre arcos triunfales y circos, colorido y trágico, es el cortejo de los emperadores, los Julios: Tiberio, Calígula y Nerón; los Flavios: Vespaciano, Tito y Diomiciano; los Antoninos: Nerva, Trajano, Adriano y Marcos Aurelio. Los centinelas a lo alto de los bastiones, los cohortes alertas en los campamentos, luchaban sin descanso contra las sublevaciones y el asalto de los bárbaros, codiciosos, en las fronteras.

Agotado también su impulso vital, comenzó la involución. Por obra del mismo mecanismo interno, el Imperio Romano no atacaba más, se defendía. En busca de una organización más eficaz en el año 285, el emperador Dioclesiano dividió el Imperio; Occidente, bajo el cetro de Maximiliano con la capital en Milán; Oriente, bajo su cetro, con la capital en Nicomedia. El Emperador Constantino, por el Edicto de Milán, en el año 313 legitimó al cristianismo y devolvió sus bienes a la Iglesia. La civilización antigua se transformaba en Cristiana, ennoblecida, cambiaba de carácter y de ideales.

La decadencia del Imperio de Occidente, sin más energías, se acentuaba. Abrió sus puertas, llamaba a los bárbaros, para cultivar sus tierras y entregó las llaves de sus tesoros a los traficantes levantinos. En Roma se escuchaban las más extrañas lenguas. Minada por dentro, poco quedaba de las soberbias legiones, las águilas caían por los suelos.

Era el ocaso, Alarico, jefe de los visigodos, saqueó a Roma el año 410 y Genserico, jefe de los vándalos, volvió a conquistar la Ciudad Sagrada, el año 455.

El ciclo se había cerrado, el Imperio Romano de Occidente se desangró, en sus últimos espasmos. Las olas de los bárbaros soliviantados inundaban los campos. Burgundios, visigodos, ostrogodos, merovingios, salios, sajones y tártaros, fundaron entre los escombros nuevos reinos.

Otro ciclo se abría, la civilización gótica, la edad media, el eslabón entre el mundo antiguo y el mundo moderno. Feroz fue el alumbramiento y la infancia. Por cinco siglos el tronar siniestro de los caballos y la rapiña estremecieron de pavor a los pueblos. Las hordas de Atila, Genhis Kahn y Tamerlan, emergían ululantes en las lejanas estepas. Todo parecía concluir, las ciudades saqueadas e incendiadas, los campesinos pasados a cuchillo. Los astrólogos anunciaban el fin del mundo.

La inteligencia se refugió en los monasterios y en las catedrales, junto a cleros, monjes y trovadores. Los hombres justos no perdían las esperanzas, continuaron estudiando en amarillos palimpsestos, elaboraban nuevas ideas, sabían que un día, por lejano que fuera, volvería a brillar el sol.

Las tribus nómades se sedimentaron, los conquistadores resultaron conquistados, la civilización transformó sus hábitos y sus ritos. Triunfó lentamente la cultura, el sortilegio de la razón y del humanismo. Un rey merovingio, Clodoveo, fundó el Reino de las Galias, ungido en el año 498, por la bendición episcopal. Nacían las monarquías de derecho divino. Los árabes al mando de Tariq iban Ziyad y de Juliano, un conde bizantino, invadieron la España en 711. Pero Occidente con su impulso vital íntegro, se salvaría. Pelayo, rey de las Asturias y de los Visigodos, los rechazó en la batalla de Covadonga, el año 718 y Carlos Martel, duque de Austrasia, en la batalla de Poitiers, el año 732. Carlomagno, Rey de los Francos y Emperador de Occidente, reunió la Europa el año 768, en un nuevo estado, que alcanzaba las tierras desde el río Elba en Sajonia, hasta el río Ebro, cerca de Barcelona.

Al morir, sus nietos Lotario, Luis el Germánico y Carlos el Calvo se dividieron el Imperio, y los reinos se pulverizaron en ducados, condados y feudos, a través de guerras sin cuartel.

Otton el Grande, Rey de Germania, fue coronado por el Papa Juan XII el año 962, Emperador del Santo Imperio Roma-

no Germánico, tan efímero como los anteriores. La calma no se restablecía, por 200 años la querrela de las investiduras obis-pales ensangrentó la Europa. Los Capetos fundaron la monarquía francesa; Guillermo de Normandía, la monarquía inglesa; los Hohenstaufen, la monarquía germana. Los reyes, por derecho divino, se convirtieron, gradualmente, en una institución prestigiosa, basada en la legitimidad sagrada del poder.

Las ciudades, protegidas por sus murallas almenadas, sus barbancas y catapultas, Génova, Florencia, Venecia, los puertos de la Mancha y de la Liga Hanseática, los comerciantes y los financistas, adquirieron una decisiva gravitación. El tráfico del azúcar, de las pieles y de las especies: la pimienta, el clavo de olor, la nuez moscada, el gengibre, el azafrán, el estragón, el orégano, la vainilla y la canela, traían nuevas riquezas y abrían nuevos mercados. Las lenguas romances desplazaban al latín.

Todo era movimiento y caos, la paz era desconocida. Las corrientes se arremolinaban, revoloteaban las halcones y silbaban las ballestas, sin tregua. La guerra de los 100 años entre los Plantagenes y los Valois, por los feudos continentales, incendió el norte de Europa, de 1340 a 1453. La guerra de las dos Rosas, entre las casas de York y de Lancaster azotó la Inglaterra, por 30 años, de 1455 a 1485. En la península Italiana, de 1390 a 1450, los guelfos y gibelinos, los Médicis, Gonzagas, Viscontis, Sforzas y Malatestas, banqueros, mecenas y condotieros se disputaban los gobiernos ciudadanos por la traición, el puñal y el veneno.

Mientras la cristiandad se despedazaba en un proceso de involución, los otomanos, bajo el mando del sultán Mohamed II, asaltaron Constantinopla el 29 de mayo de 1453, dieron muerte al emperador Constantino XI, de la dinastía de los Paleólogos y exterminaron los restos refinados del Imperio Romano de Oriente.

Fue suficiente un remanso, en el ocaso de la civilización gótica, para que asomara radiante la aurora del Renacimiento y del mundo moderno. Erasmo, Leonardo y Copérnico lanzaron nuevas ideas, crearon una nueva mecánica y encontraron las leyes de la perspectiva. Nacía la anatomía y la física, los arquitectos y escultores embellecieron las ciudades, las costumbres se moderaban, las Cortes se engalanaron.

Un comerciante veneciano, Marco Polo, recorría el Oriente fabuloso, la Mongolia, el Imperio del Grand Khan, el Mar de la China y la India, de Samarkanda a Malabar, y traía muestras de las perlas, rubíes, esmeraldas, brillantes, de sedas y ámbar, del opio, del marfil blanco y negro, e iniciaba una revolución comercial.

En 1492, un piloto genovés, Cristóbal Colón, rumbo a Cathay, en busca de metales preciosos, descubría unas feraces islas, el cacao, el tabaco, y la papa. Las carabelas de Sebastián El Cano después de tantas discusiones, probaban lo increíble, que la tierra era redonda.

Conquistadores, aventureros y bandidos, se lanzaron como una tromba, para saquear el nuevo continente. Atravesaron, a cuchilladas, los mares, las cordilleras, las selvas, y perpetraron toda clase de atrocidades, en busca del Vellochino de Oro y la Fuente de Juvencia.

Gracias a los arcabuses, las monarquías se fortalecieron, dominaron a los señores feudales y los convirtieron en cortesanos. Un banquero flamenco, Jacobo Fugger, compró a los electores de Franckfort, la Corona Imperial de Alemania para Carlos I de España. Los financistas reconstituían el Santo Imperio Romano Germánico, bajo el cetro de Carlos V y Felipe II. Sus reinados fueron un continuo batallar, con los comuneros en España, con Francisco I rey de Francia, por el ducado de Milán; contra Guillermo de Nassau, por los Países Bajos y contra Isabel de Inglaterra, y sus flotas de corsarios.

El estampido de las bombardas no cesaba, las guerras religiosas, devastaron a Francia por 30 años, de 1562 a 1598, hasta el reinado del galante Enrique IV. Otra guerra de 30 años, de 1618 a 1648, entre la Casa Austríaca de los Hasburgos, en un bando, y en el otro el Rey de Bohemia Federico V, el Rey Cristián IV de Dinamarca, Gustavo Adolfo de Suecia y Luis XIII de Francia, arrasó los principados germanos.

Por primera vez y por orden de la Cámara de los Comunes, un rey, Carlos I de Inglaterra, era ceremoniosamente decapitado, en Londres, el 30 de enero de 1649, y ese golpe de hacha, impuso por tres siglos, la preeminencia de los Parlamentos.

Frente a la decadencia del imperio español, emergió majestuosa la Casa Real de Francia, Luis XIV, reinó de 1661 a 1715 y Versailles se convirtió en el centro culto de Europa. Colbert, Descartes y Bossuet inclinaron el pensamiento por nuevos cauces, Sus campañas militares contra Bélgica en 1667, contra Holanda de 1672 a 1678, contra la Liga de Hasburgo de 1668 a 1697, por la sucesión de la corona española de 1702 a 1713, por incoherentes razones de prestigio, fueron menos afortunadas.

La Europa no se calmaba, la guerra de sucesión por la Corona Austríaca de los Hasburgos, entre la Reina María Teresa apoyada por Inglaterra y Holanda contra Prusia, Francia y España, de 1740 a 1748, y la guerra de los siete años de Prusia contra Austria y Francia de 1756 a 1763, volvieron a incendiar las cosechas y a ensangrentar los campos. Como si fuera poco Prusia, Austria y Rusia se repartieron el reino de Polonia entre 1772 y 1795.

Las ideas, más poderosas que los ejércitos, cambiaban el paisaje, las ambiciones y los ideales. Minaban los títulos de los reyes por derecho divino y el absolutismo. Todo estaba en crisis, todo estaba en ebullición. Montesquieú, publicó, "El espíritu de las leyes" en 1748 y Rousseau "El Contrato Social", en 1762,

Adam Smith "La naturaleza y la causa de las riquezas de las naciones" en 1776.

En Inglaterra aparecían los telares mecánicos y James Watt montaba la primera máquina a vapor. El empleo de los esclavos, perdía importancia. Un nuevo bienestar, ropas y alimentos se extendía, el mundo comenzaba a industrializarse. Burgueses, comerciantes, chacareros y artesanos eran cada vez más influyentes.

Las colonias puritanas de Nueva Inglaterra, agricultores y tenderos, tañeron las campanas del cambio. Se sublevaron y el 4 de julio de 1776, proclamaron su independencia, en nombre de los derechos de los pueblos.

Las Casas Reales, en manos de monarcas decadentes, sin otro apoyo que sus alabarderos, apenas sobrevivían en un mundo distinto, con otras ideas y otros intereses. En Francia Luis XV y Luis XVI, agravaron la crisis y un economista de Ginebra, Jacobo Necker, con el propósito de estabilizar la moneda, precipitó la catástrofe. El 4 de agosto de 1789 la Asamblea Nacional abolía los derechos feudales, y la Convención envuelta por el terror, el 21 de agosto de 1793, guillotina al Rey.

La Europa monárquica, las casas de Austria e Inglaterra, se coaligaron contra la república sacrílega. Un pequeño oficial, Napoleón Bonaparte, de 25 años, se encumbró en medio del caos. Abatió a los jacobinos, impuso otro orden, y por la boca de sus cañones, propagó los nuevos dogmas: libertad, igualdad, fraternidad. El 2 de diciembre de 1804, fue coronado Emperador por el Papa Pío VII, y con sus generales y funcionarios, creó una nueva nobleza. Fue el ejemplo deslumbrante para los generales sudamericanos, hasta que cayó vencido, por el reflujo, en Waterloo, el aciago 18 de junio de 1815.

El Congreso de Viena y la Santa Alianza, ejemplos de nostalgia, sin advertir, todo lo que había cambiado, trataron efímeramente, de restablecer un orden concluido. Las corrientes y las ideas no se detenían. En España la revolución de Rafael de Riego, el 1º de enero de 1820, impuso a Fernando VII, la Constitución de 1812. En Francia, la revolución de 1830 derribó a Carlos X y la revolución de 1848 a Luis Felipe. En el cercano Oriente las luchas entre servios, griegos y turcos exterminaron poblaciones enteras y se prolongaron de 1813 a 1877. Luis Napoleón escaló el trono francés, gracias al plebiscito, del 21 de diciembre de 1851. La Reina Victoria coleccionaba colonias.

Las corrientes carcomían los viejos pilares, las casas de los Valois, de los Anjou, de los Aragón, de los Hasburgos, de los Tudors, de los Estuardos y de los Granges, de los Orleans y de los Borbones, antes poderosas, se derrumbaban con sus blasones y sus castillos, desalojadas por nuevos conquistadores.

La paz era siempre un estado precario. En 1854 Inglaterra y Francia se unieron, en Crimea, contra el Zar de las Rusias. En

1858 Napoleón III, intervino en Italia a favor del Resurgimiento. En 1864, sin advertir tampoco, que el tiempo había pasado, quiso instalar al Príncipe Maximiliano, para Emperador de México.

Al otro lado del océano, Estados Unidos, movido por un arrollador impulso vital, atacó a la República de México en 1848 y la despojó de los territorios de California, Texas, Arizona y Nueva México. Pero la guerra de secesión entre el norte y el sur, entre mecánicos y hacendados, desgarró el naciente imperio de 1861 a 1865.

Víctor Manuel II, Rey de Cerdeña, pugnó por la unidad italiana, hasta 1870. Prusia atacó a Dinamarca en 1864 y derrotó a Austria, en la batalla de Sadowa, el 3 de julio de 1866, y a Francia en 1870. El sistema de las alianzas, Francia, Inglaterra y Rusia, frente a Alemania, Austria e Italia, mantuvo 40 años de paz, y una extraordinaria prosperidad, hasta que el asesinato del archiduque Francisco Fernando, el 28 de julio de 1914, desencadenó la primera guerra mundial.

El tratado de Versailles, del 28 de julio de 1919, cambió el mapa, en nombre de las nacionalidades. La Liga de las Naciones, mantuvo la ilusión, de abolir las guerras, y quiso garantizar la paz del mundo y los derechos de los pueblos, por medio de tratados. Esos buenos propósitos, no siempre tuvieron éxito, los japoneses invadieron la Manchuria en 1931 y los italianos la Etiopía en 1935, hasta desembocar en la inmensa catástrofe de 1939.

Es equivocado hablar de historia moderna e historia contemporánea y dividir el mismo proceso, en dos etapas, por una impresión telescópica y una comodidad escolar. El incendio de la Bastilla, fue una anécdota edilicia, envuelta en las furiosas corrientes de la época. El ciclo histórico moderno, que se inició con el Renacimiento y el descubrimiento de América en 1492, prosigue su parábola con las mismas características, la valoración del ser humano, la utilización de la técnica en el mundo físico, el concepto de la libertad.

El examen panorámico, de estos extensos procesos, descubre alguna de las leyes, que rigen la vida y el desenvolvimiento de los pueblos. La primera es la ley de los cambios, ningún pueblo permanece inmóvil, la vida es un continuo movimiento, un revuelto manantial. Jefe de tribus, de clanes, patriarcas, reyes, cónsules y emperadores, se suceden confinados, en el breve tiempo de la vida humana por la parábola, que marca el ascenso y el ocaso de los estados.

El imperio de Alejandro, el imperio de Augusto, el imperio de Carlomagno, el Santo Imperio Romano Germánico, el Imperio de Carlos V, con sus pompas, sus ejércitos y sus estandartes, han desaparecido en la noche de los tiempos, como se desvanecían, los actuales imperios.

Una vez más y desde un punto de vista filosófico, la historia enseña, a grandes y pequeños, la modestia. Si el mundo humano tiene 600 mil años, y el mundo que mejor conocemos, algo más de 7.000, y en contraste la vida media del hombre, apenas llega a 60 años, es fácil medir la fugacidad de los proyectos y de las ambiciones, todo pasa, todo es vanidad.

Cambian los hombres, y cambian las generaciones. Cambian sus filosofía, sus ideales y sus metas. Aristóteles, Platón, el estoicismo, Santo Tomás, Bacon, Descartes, Locke, Hegel, con nuevas fórmulas transformaron, sucesivamente, la visión del mundo.

Cambian las ideas sociales, el concepto de la tribu, del feudo, de la nobleza, y de la burguesía. Cambia el concepto de lealtad hacia los patriarcas, hacia los reyes, los burgos y las corporaciones, cambian las opiniones sobre los medios más convenientes, para un mejor ordenamiento social. El concepto de la igualdad afirmado en el siglo XVIII, es impugnado en nuestros días, en los estados totalitarios, y substituido por la doctrina de las jerarquías de castas, estrictamente feudal.

Cambian los títulos de los gobernantes, el mito de la monarquía de derecho divino, fue reemplazado por el mito de la voluntad colectiva, y éste mismo es reemplazado ahora por el mito de la eficiencia y la capacidad, para lograr el bienestar de los pueblos.

Cambia el teatro humano, el mundo se ha expandido, desde los villorios griegos, las galeras descubrieron el Mediterráneo y la lejana isla de Tule, Africa, los dominios más allá de los mares. Aparecen nuevas técnicas, la rueda, el acero, la pólvora, las locomotivas la electricidad que cambian las circunstancias sociales, más profundamente, que cualquier revolución o la suerte efímera de las batallas.

Los adelantos médicos, la profilaxia, los antibióticos, prolongan la vida humana, y multiplican geométricamente la población.

El mundo cambia cada 30 años, al paso de dos generaciones, porque cambian sus ingredientes, desaparecen y se renuevan sus gobernantes, sus pobladores, sus ideas, el medio en que habitan y los problemas que deben resolver. Las ideas que un siglo calificó de sediciosas, se convierten en conservadoras, al siglo siguiente, porque los cambios las alcanzan y las sobrepasan. Las hazañas, la gloria de los héroes y el oprobio de los tiranos, se reducen pronto, a breves epitafios en los anales históricos.

Pero si la vida de los hombres, de los viejos y de los nuevos monarcas, es breve —pocos fueron los reyes y los dictadores que llegaron a ocupar un trono por 20 años— el ciclo de las civilizaciones es más prolongado. Nacen, ascienden a la madurez y

decaen, al lento paso de los siglos. La civilización griega se extendió de 800 años antes de Cristo a 140 años después, cerca de 10 siglos, la civilización romana se extendió de 700 años antes de Cristo al 400, por 11 siglos, y la civilización gótica de 476 a 1492, cerca de 1.000 años.

Por la misma medida, puede calcularse que la civilización moderna de nuestros tiempos, a pesar de los cambios políticos y técnicos, se prolongará hasta el año 2500, en el cauce de un encrespado río que no cesa de fluir, siempre cambiante.

Los ciclos se repiten, en un mundo más amplio, corsi e ricorsi. Estados Unidos desempeña el papel del Imperio Romano, Europa el papel de la culta y anárquica Grecia, las guerras de Corea y del Vietnam, son una réplica de las campañas contra los reyes del Ponto y de Numidia, en las estribaciones del imperio. La Rusia retoma el rol de las viejas tribus tártaras y los comisarios moscovitas son la reencarnación de los bayardos, con los mismos estigmas. La organización de las grandes empresas y de los sindicatos obreros, son una repetición de las corporaciones feudales. El hippismo de nuestros días, es sólo una réplica de los cínicos griegos y de los "incroyables" franceses del Thermidor.

La ley de los cambios, tan clara y constante, es sin embargo a menudo ignorada. La niegan aquellos que se complacen en rememorar el pasado, como un paraíso perdido, en una postura nostálgica y estéril. Pero ese pasado, purificado por el olvido de sus defectos, no puede volver, porque han cambiado los hombres, las ideas y las cosas.

La desconocen también aquellos que se aferran al presente, y quieren detener el tiempo, inmovilizar las actuales formas, por falta de resolución para afrontar el futuro, cuando debieran seguir las corrientes y adaptarse a las nuevas circunstancias. Es como si los juristas franceses de 1804 se hubieran empeñado en reordenar los derechos feudales en lugar de reemplazarlos por un Código mejor ajustado a las nuevas condiciones sociales.

Debemos comprender, sin ilusiones, que no somos la meta de un proceso, que el mundo no ha girado los últimos 7 mil años, para llegar a la actual organización social y detenerse, que el nuestro es sólo un paso, que mide breves años, en la parábola milenaria de la civilización moderna.

Para comprender la realidad y encontrar las soluciones a los sucesivos problemas que agobian a las sociedades humanas, es indispensable abandonar los recuerdos nostálgicos y un inmovilismo suicida. Mirar hacia adelante, con claridad, como han hecho los grandes reformadores. Suponer que el funcionamiento de las sociedades anónimas, sea la última palabra de la ciencia económica, y la ley Sáenz Peña, la palabra definitiva

de la ciencia política, es hacer gala de una ceguera que puede resultar muy dolorosa.

La segunda ley que rige los procesos sociales, es la constante de las crisis. En un mundo cambiante, es su consecuencia natural. Las sociedades viven en crisis, es su estado normal. Lo excepcional son los intervalos de calma que, a menudo, encubren las mutaciones interiores y son presagios, de crisis más extensas.

Las civilizaciones nacen, crecen en lucha con el ambiente y con los vecinos, al llegar a su madurez deben continuar la lucha para conservar su imperio, y cuando comienza la decadencia, las crisis se repiten y se agravan.

La vida humana, la vida social, es un continuo proceso de acción y reacción, de adaptación readaptación, muchas veces violento. La hostilidad del medio en que se debatía el hombre primitivo, las sequías, las inundaciones y el frío, lo sumieron en penosas crisis. Los cambios económicos en las ciudades antiguas, la disminución de los esclavos, la falta de trigo, de aceite, de sal, de ganados, de vinos y de telas, desencadenaron hondas crisis y lanzaron sus legiones a la conquista de lejanos territorios.

Las dramáticas hambres durante la guerra de los 100 años, y en los inviernos de 1691, 1709, 1765 y 1846, la peste de Atenas 429 años antes de Cristo, la peste mediterránea del año 524, la peste negra de 1353, la peste de Londres de 1655, devastaron la Europa.

El egocentrismo de los emperadores y de los caudillos, las guerras económicas y las guerras de ambición, el propósito de adormecer las poblaciones con pan y circo, el lujo, las piedras preciosas, la orfebrería y las maderas de Oriente, provocaron nuevas crisis.

Es una constante trama de ajustes, porque las condiciones geográficas y técnicas, cambian sin detenerse, y la nueva etapa engendra rápidamente, otras crisis. La elaboración del hierro hizo desaparecer los fabricantes de armazones de madera, la rueda a los fabricantes de trineos. El comercio, los barcos de Tiro, Sidón y Génova, transformaron las artesanías familiares. La pólvora derrumbó el mundo feudal, las máquinas a vapor a la nobleza. La brújula descubrió nuevos mundos y la imprenta revolucionó el pensamiento. La aparición de los ferrocarriles sumió en crisis a las mensajerías y las diligencias, la aparición de los aeroplanos causó la crisis de los ferrocarriles y de los barcos de pasajeros. La aparición de las sociedades multinacionales, muestra curiosamente que bastantes empresarios, practican, posiblemente sin saberlo, las doctrinas de Marx.

Pero entre las crisis hay algunas de mayor importancia, son los goznes de la historia, que lanzan las corrientes humanas, en una u otra dirección y abren nuevos panoramas.

Salamina y Platea salvaron el mundo occidental. El triunfo de Alejandro el Magno, en Arbeles, inició la penetración de Occidente en Oriente. La caída de Cartago aseguró el dominio latino en el Mediterráneo, la batalla de los Campos Catalaúnicos preservó a Europa de las hordas de Atila, y las batallas de Covadonga y de Poitiers, del aislamismo. La destrucción del imperio Bizantino en 1453 y el descubrimiento de América en 1492, lanzaron la Europa hacia el Occidente.

Pero los goznes giran siempre en el sentido de los pueblos de mayor impulso vital, griegos y romanos, caballeros y cruzados, porque la panoplia de sus ideas es más actual que la de sus adversarios.

Si el mundo ha vivido siempre en crisis, algunos síntomas parecen indicar que su intensidad disminuye en nuestra época. Contra lo que muchos suponen, nuestro mundo es un oasis de paz, comparado con el mundo de hace unos siglos. Las crisis de ahora son generalmente de sobreabundancia y no de escasez, encierran apenas un problema de organización. Las epidemias desaparecen. Los ejércitos no se entretienen más en apilar pirámides de cabezas, en las puertas de las ciudades conquistadas. Los organismos internacionales disponen de una autoridad creciente, reducen el número de conflictos y amenguan sus alcances. Las guerras ya no se emprenden por ansias de prestigio personal y nadie las considera una fiesta.

Las crisis producen los cambios, originan nuevas crisis. Los gobiernos caen por sus faltas, más que por las virtudes de sus adversarios, por su incapacidad para cumplir su misión, por el debilitamiento de su impulso vital.

Es un proceso sin pausas. Los cambios técnicos y económicos exigen modificaciones legales y una nueva reglamentación social. Pero los mismos desplazados, no sufren tanto como suponen, por la pérdida de sus privilegios, porque el nuevo régimen suele traerles para compensación otras ventajas.

Es suficiente presentar el ejemplo de un noble francés, de la época de Luis XVI, propietario de un castillo con 500 Has., que vivía del trabajo de cien campesinos. Era un resabio del feudalismo, despojado de sus virtudes y condenado a desaparecer. Aparentemente rodeado de lujo, vivía en habitaciones incómodas, muerto de frío en invierno y de calor en verano, con una alimentación deficiente, nunca se bañaba, su vestuario era más aparatoso que práctico y necesitaba de tres a cuatro días, para llegar, en carroza, hasta la corte de Versalles. A menudo enfermo de tuberculosis o del mal gálico, rara vez alcanzaba los cuarenta años, y moría inevitablemente de una apendicitis o de una pulmonía. A pesar de una etiqueta pomposa, disponía de menos comodidades que un modesto empleado de nuestros días, y en cambio el nuevo régimen trajo a sus hijos, en pocos años, con el triunfo de una burguesía emprendedora, un bienestar jamás soñado.

La tercera ley señala, que a pesar de los cambios y de las crisis, a pesar de los cataclismos y de las guerras, los valores humanos y la libertad, sobreviven y se afianzan. Cambia la envoltura externa, las formas tribales, imperiales o republicanas, cambia la organización económica, el ceremonial, la filosofía las dinastías y los personajes, pero el alma permanece incorrupta. Es un tenue y firmísimo hilo, que arranca de la aurora de los tiempos y da sentido y nobleza a la vida.

El deseo de todo ser humano, de disfrutar de sus bienes y de sus obras, y de defenderse de los atentados de los gobiernos despóticos, es indestructible, porque forma parte de su personalidad, de su impulso vital. A menudo los bárbaros ensombrecieron el cielo, por siglos, pero las esperanzas en una redención, permanecieron latentes en los corazones y resurgieron con mayor brillo. Ese afán de vivir mejor, el respeto por la dignidad humana, es la característica y el gran mérito de la civilización occidental, y progresa incontrastablemente.

Los atenienses idearon por primera vez la división del gobierno en tres poderes, los Arcontes ejercían el Poder Ejecutivo, el Consejo de los Quinientos el Poder Legislativo y el Areópago ejercía el Poder Judicial, y deslindaron los derechos de los ciudadanos. El hombre que antes era un siervo del estado, se convirtió de pronto, en el centro y la medida de todas las cosas.

Más tarde los romanos crearon un estado militar y jurídico, más consistente, que los estados fenicios y cartagineses, de comerciantes y prestamistas, y trazaron las bases de la organización civil, que todavía perdura, porque está arraigada en la naturaleza. Desde la ley de las Doce Tablas, 449 años antes de Cristo, hasta las recopilaciones del Emperador Justiniano, en el siglo VI, la Instituta, el Digesto y el Código, el germen de todo está allí, la organización de la familia, la distinción entre el Estado y las personas privadas, las obligaciones y los contratos, el concepto de la propiedad y los derechos reales, las sucesiones y los testamentos.

Los bárbaros, seducidos por sus ventajas, adoptaron esas reglas, en la áspera evolución de las tribus al estado feudal. Los juristas de las universidades de Bologna y Montpellier, y luego de París, Praga, Viena y Colonia, las injertaron en los cuerpos legales de toda la Europa. Naturalmente que algunas de sus disposiciones se han corregido, para ajustarlas a los cambios, y muchas otras se modificarán en el futuro, pero el espíritu del derecho occidental es siempre el mismo.

Varios jalones ilustres, marcan a lo largo de los siglos, el progreso de las libertades. En una tormentosa tarde del año 1215, los Barones, Condes y Condestables, acampados cerca de Windsor, arrancaron a Juan sin Tierra, de la casa de los Plantagenets, la firma de la Carta Magna, "para la salvación de su alma" y consagraron el derecho de los nobles, aldeanos, vasa-

llos y mercaderes, a disfrutar de sus tierras y de sus bienes, a transitar y comerciar, a que nadie pudiera ser arrestado, aprisionado ni desposeído de sus propiedades, costumbres y libertades, sino en virtud del juicio de sus pares, y hasta que en todo el reino inglés sólo hubiera una medida para el vino y la cerveza.

A pesar de las crisis y de los combates, de los señores feudales y de las casas reales, estos principios inspiraron las franquicias, conquistadas por los burgos y las corporaciones, y alcanzaron su definitiva consagración en el habeas corpus de 1679, la declaración de los derechos del buen pueblo, de Virginia del 29 de junio de 1786 y la declaración de los derechos del hombre y del ciudadano, de la Asamblea Francesa, del 26 de agosto de 1789.

El Código Civil, que hizo sancionar Napoleón en el año 1804, adaptó el derecho romano y las viejas disposiciones parroquiales a los principios de igualdad y libertad y extendió sus normas por toda la Europa. Le valió una gloria más persistente que sus refulgentes campañas militares. Su influencia fue tan decisiva, que hoy es posible distinguir, a los pueblos, encuadrados por los principios del derecho civil, prósperos y progresistas, de los pueblos que los desconocen, y se debaten en la opresión y la miseria.

Estos procesos ofrecen un signo característico, los adelantos se realizan siempre en un clima de libertad. Las épocas cumbres, el siglo de Pericles, el siglo de Augusto, el Renacimiento, el siglo de Luis XIV, florecieron gracias a la libertad.

La época que se extiende de 1850 a 1950, señala el triunfo de la burguesía, cuya importancia todavía no apreciamos cabalmente a causa de su proximidad. Comprende los descubrimientos de Pasteur a Fleming, de Comte a Husserl, de Curie a Fermi, de Le Corbussier y Lloyd Wright, de Plank a Einstein, de Cezane a Rodín y es otra etapa cumbre, que también hace eclosión, gracias al libre desenvolvimiento del espíritu.

Hoy se plantea angustiosamente el problema de la futura evolución de la actual sociedad, en un mundo contradictorio, y es necesario un trabajo constante de análisis y de rectificaciones. Repetimos, como el navegante en medio de las tormentas, debemos fijar con exactitud, el punto donde nos encontramos, y el sentido de las corrientes. Pretender navegar contra las corrientes es inútil y nos llevaría a un naufragio, es en cambio más inteligente utilizarlas para buscar el buen puerto.

Prosiguen y se aceleran los cambios, cualesquiera que sean nuestras preferencias. Ha terminado el mundo de Robinson Crusoe, de los pioneros y de los empresarios personales. El individualismo se circunscribe a sectores cada vez menores. El trabajo en equipos, la investigación científica, la cibernética,

las computadoras, la fuerza atómica, la biología molecular y las nuevas drogas, cambian el mundo.

La sociedad oscila entre dos escollos, el anarquismo y el despotismo. Para evitar la caída en cualquiera de esos extremos, el estado debe ser el gran coordinador de las corrientes económicas. Tiene a su cargo el bien público y debe contener con igual firmeza la violencia y la explotación, vigilar que ningún sector sobreponga sus intereses particulares, a los intereses generales.

El problema se agrava por la crisis de los sistemas representativos, establecidos para el marco del siglo XIX. La experiencia de nuestros años ha probado que las elecciones numéricas, no son siempre suficientes, para lograr, gobernantes capaces y justos. Clamorosos plebiscitos denuncian que los elegidos pueden resultar pésimos administradores y brutales despotas. Más importante que la forma de la elección de los gobernantes —que muchas se han aplicado y muchas distintas se aplicarán— es su respeto por los derechos personales y el éxito de su misión.

Vamos a una socialización creciente, por razones de espacio, de tráfico, por el aumento de la población, la reducción de las distancias, por el volumen de las organizaciones industriales y la amplitud de los mercados, por la trascendencia de los nuevos inventos, por la presión de los hechos más fuertes que las doctrinas.

Los problemas han pasado, por razones físicas, del plano individual al plano social, se observa la misma evolución que se operó dentro de la civilización griega, bajo Pisistrates y Pericles, en la civilización romana bajo los Gracos y los emperadores Antoninos, y en la civilización gótica, con las corporaciones y cofradías, por el impulso de las mismas fuerzas.

El siglo XIX contempló la lucha de los hombres por la igualdad política y la libertad, el siglo XX contempla su lucha por la igualdad económica y el bienestar.

Pero lo importante no es la intangibilidad de una libertad económica, ya considerablemente cercenada, por obra de los mismos sectores privados, que la reclaman, ni los méritos de la creciente estatización de las empresas de interés público, que después de todo, son simples y pasajeras teorías sobre un mejor ordenamiento social, sino la salvaguardia de la libertad espiritual, la libre investigación, la libre crítica, la seguridad personal, bases indispensables de una vida civilizada.

En el orden local, los servicios hospitalarios, los regímenes de jubilación, los Ministerios de Bienestar Social, de Salud Pública y de Educación, que adoptan todos los estados, la estatización de los servicios públicos, la electricidad, el gas, los transportes, las comunicaciones, los diques, los sistemas de irri-

gación y de aquellos sectores que gravitan sobre la economía de los pueblos, el petróleo, el uranio, el acero, la química pesada, el aluminio, el papel, el pan, la moneda y el crédito, señalan el sentido de la corriente.

En el orden internacional, la Organización para la Alimentación y la Agricultura, el Fondo Monetario Internacional, el Banco Internacional de Reconstrucción, la Organización de las Naciones Unidas, para la educación, la libertad y la cultura, la Organización Mundial de la Salud, la Organización Internacional del Trabajo, la Organización Nacional de Energía Atómica, la Unión Postal Internacional, la Unión Internacional de Telecomunicaciones, la Comisión Internacional de Materias Primas, la Cámara Internacional de Productos Básicos, son otros tantos indicadores.

Entre nosotros, las nuevas generaciones —que pronto gobernarán— observan con desencanto los efectos de una escuela económica envejecida, que convierte un pueblo rico en mendigo y que no es capaz de darles ni trabajo, ni orgullo, ni ilusiones. De nuevo aparece un desacoplamiento entre las normas formales y las circunstancias reales, como en la Roma del siglo I y en la Francia del siglo XVIII, que es el signo precursor de los grandes aludes.

Esto no significa que el mundo venidero, si se actúa con una clara visión, se despeñe en el comunismo. El comunismo marxista no es más que el antiguo maniqueísmo de origen oriental. Los años han pasado, desde su definición, más de un siglo, y también se ha envejecido por la anquilosis de sus conceptos, por su desnudez espiritual. En algunos años más desaparecerá, como las herejías de los gnósticos, nestorianos y albigenses, simples recuerdos de eruditos.

Es además falso el dilema de capitalismo o comunismo, la historia registra muchas formas económicas que no caben dentro de la imagen de ninguno de esos extremos, y actualmente se presentan en un amplio abanico, otras variantes: las sociedades de consumo, muy superiores a las sociedades de subconsumo, las sociedades industriales, de productividad, técnicas o científicas, tecnocráticas, postindustriales, socialistas, socialistas nacionalistas, socialistas democráticos, corporativistas neo radicales, neo liberales, contractuales o de participación, en continua elaboración, y que brindan soluciones distintas.

Es muy difícil predecir la evolución de las formas sociales y el futuro suele deparar sorpresas. Así como la sociedad republicana en nuestros días, tiene muy poca semejanza, con los planes originales de los jacobinos, es lógico suponer, que muy poco tendrán en común, las formas sociales que prevalecerán dentro de 100 años, con los delirios de los actuales fanatismos, ya que la experiencia y la necesidad de afrontar la realidad, contienen los excesos y disipan los sueños.

Pero inevitablemente muchas de las actuales formas serán reemplazadas por el paso del tiempo, y otras, a causa de su falta de aptitud para resolver los problemas concretos. Dentro de algunos siglos, las técnicas y las costumbres de nuestra época, de las que algunos se sienten envanecidos, parecerán tan pintorescas y atrasadas, como nos parecen las del reinado de Calígula.

Es probable que el mundo se desenvuelva, para bien o para mal, hacia una organización más técnica, dirigida por algún Colegio de Cardenales científicos, porque los problemas serán cada vez más apremiantes, y la necesidad crea los órganos.

Los destinos humanos han sido y son inciertos y difíciles, los problemas cambian y se renuevan. Como la tela de Penélope, no cesan ni cesarán. Pero cualquiera que sea la fórmula que se imponga, no habrá progreso en el mundo, no habrá salvación, paz en los pueblos, hoy como en el pasado y en el futuro, si no se respeta la libertad y la dignidad de los hombres.
